

La cooperación iberoamericana: compromiso real o retórico



JUAN CARLOS TEDESCO
Universidad Nacional
de San Martín (Argentina)

Hace algunas semanas se conoció la noticia según la cual el Gobierno español decidió anular su colaboración financiera para el desarrollo de algunos programas importantes llevados a cabo por la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI) en varios países de América Latina. Se trata, fundamentalmente, de programas incluidos en el Proyecto *Metas 2021*, que comprenden desde actividades vinculadas a la eliminación del analfabetismo hasta el estímulo a la movilidad universitaria, la mayor parte de los cuales se ejecutan en los países más pobres de la región. El contenido de estos programas, así como sus modalidades de gestión, fueron el producto de mucho tiempo de análisis, discusión y consenso político, donde participaron no solo los gobiernos sino los organismos no gubernamentales, la comunidad aca-

démica y los principales actores sociales vinculados con la educación. Su importancia para el logro de mayores niveles de equidad social y de mejores condiciones para el crecimiento económico está fuera de duda.

Visto desde la comunidad iberoamericana, el problema no radica tanto en el contenido de la decisión, como en la forma en la cual fue adoptada y en la justificación que fuera difundida públicamente para sostenerla. De acuerdo a la versión periodística, un portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores aseguró que la decisión se ha tomado porque la OEI no justificó adecuadamente cómo ha gastado los 65 millones de euros que ha recibido del Gobierno español en los últimos 5 años, algo que niega tajantemente la OEI, que además se queja de que en ningún momento el Gobierno le ha hablado de esa razón para cortar los fondos, sino solo de falta de presupuesto.

España está atravesando una profunda crisis económica y la discusión acerca de las estrategias de ajuste adoptadas para enfrentarla son bien conocidas. No estamos analizando ese tema sino —más específicamente— una decisión que afecta la cooperación educativa, científica y cultural. Desde esta perspectiva, el problema

radica, a mi juicio, en que España forma parte de la comunidad iberoamericana y la OEI es el órgano donde se expresa dicha comunidad en el ámbito de la educación, la ciencia y la cultura. Las decisiones sobre las orientaciones de programas así como las formas de contribución de cada uno de sus miembros y su destino, son adoptadas en forma democrática, en el diálogo que existe entre los representantes de cada uno de los Estados Miembros que la integran.

El daño a la integración y a los vínculos de confianza está hecho, y llevará tiempo y esfuerzos restablecerlos

Si España hubiera presentado sus dificultades en ese marco de diálogo y cooperación, no tengo dudas que hubiera recibido no solo la comprensión, sino también la solidaridad del resto de la comunidad. En su lugar, se ha tomado la decisión en forma aislada y, lo peor, se ha intentado justificarla en una supuesta falta de transparencia en el uso de los fondos. Cualquiera que haya transitado por la administración de los organismos de

cooperación internacional sabe que están sujetos a auditorias diversas que hubieran puesto de relieve cualquier problema de este tipo en el momento oportuno.

Arrojar dudas en este terreno es nocivo y, más grave aun, si ese argumento se utiliza para ocultar el verdadero motivo de la decisión. Desde este punto de vista, la forma como fue adoptada y la justificación difundida públicamente, permiten suponer que el verdadero motivo radica en la ausencia de vocación solidaria con la comunidad iberoamericana. Llama la atención que este episodio se haya producido simultáneamente con la Cumbre de Cádiz, donde se celebró el Bicentenario de la Constitución de 1812. En esa Cumbre se escucharon discursos acerca de la importancia de la integración y España llamó a más presencia latinoamericana en la península. Resulta difícil comprender esta contradicción salvo que pongamos ese llamado en un contexto de pura retórica.

Probablemente la OEI resuelva el problema presupuestario y los programas puedan llevarse a cabo sin los recursos financieros de España. El daño a la integración y a los vínculos de confianza, sin embargo, está hecho y llevará tiempo y esfuerzos (no necesariamente financieros) para restablecerlos.

APRENDIZAJE-SERVICIO

El aprendizaje-servicio es una actividad educativa que combina procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad en un solo proyecto bien articulado donde los participantes aprenden trabajando en necesidades reales del entorno con la finalidad de mejorarlo

Sentido del trabajo y aprendizaje-servicio



ROSER BATLLE
Promotora Aprendizaje
Servicio en España
www.roserbatlle.net

Se levantan pronto cada día para caminar los 5 kilómetros de vía verde que les separaban del museo minero. Antes, sin embargo, debían arreglar los dormitorios, prepararse el desayuno y recoger el comedor y la cocina.

Llegaban al museo y se dedicaban a limpiar y restaurar las piezas que necesitaban un repaso o bien a labores de jardinería en los exteriores del museo, que también se usan para exponer piezas procedentes de la actividad minera.

Eran 25 adolescentes catalanes, entre 13 y 18 años, que decidieron cambiar su plan habitual de campamentos de verano por un campo de trabajo. Muchas de sus familias llegaron hace tiempo a España procedentes de Ecuador, Colombia, República Dominicana o el Magreb.

La oportunidad se la brindó el Museo de la Minería del País Vasco, situado en el pueblo de Gallarta —la cuna de Dolores Ibarruri, “Pasionaria”— en las Encartaciones de Bizkaia, junto a la explotación a cielo abierto del mineral de hierro. Es el punto de menor altitud del País Vasco, a menos de 20 metros bajo el nivel del mar.

El museo se creó como iniciativa de una asociación de voluntarios, en su mayoría exmineros, creada para preservar y promover el patrimonio de la minería. Su entorno paisajístico posee una extraña belleza. Las explotaciones a cielo abierto, de fondo impermeable, se han ido convirtiendo en lagunas y el verde intenso de la vegetación, estimulada por el clima húmedo de la zona, se mezcla armoniosamente con la roca ferruginosa.

Nuestros adolescentes pueden y deben explorar el camino de hacer algo por mejorar la sociedad gratuitamente

En ese entorno mágico, los chicos y chicas se pusieron a trabajar restaurando y arreglando. Además de la dureza de la vida minera, también descubrieron, de la mano de los responsables del museo, algunas tradiciones como la gastronomía local, las danzas populares, los barrenadores, la pelota vasca. Y aprendieron algunas palabras en euskera.

Pero para muchos también fue un aprendizaje el tener que espabilarse para cocinar, limpiar la casa, lavarse la ropa sin lavadora o fregar los platos en el albergue. Tareas domésticas cotidianas que en sus casas, en general, todavía las resuelven las

madres, con menos colaboración de la deseable por parte del resto de la familia.

Todo esto se llama trabajar, aunque no se cobre por ello, aunque se haga por ayudar a la asociación de exmineros, aunque se pretenda, sobre todo, transformar un trocito de realidad para mejorarla. Sin pedir nada a cambio.

Los campos de trabajo para jóvenes son oportunidades inagotables de aprendizaje-servicio. En ellos todo es intenso y tangible: la convivencia, el horario de trabajo, los resultados que se esperan y que se han acordado con los destinatarios. Los aprendizajes, por estas mismas razones, tienen una resonancia elevada y se recuerdan toda la vida. Más que nunca, se genera el círculo virtuoso del trabajo que da sentido a lo que se aprende y el aprendizaje que pone en valor el servicio que se proporciona.

Durante mucho tiempo, los movimientos juveniles que ofrecen actividades de ocio educativo en vacaciones han centrado sus propuestas —en general— en los aspectos lúdicos y recreativos. Tal vez, apurando un poco, en la dinamización cultural. Todo esto es estupendo y necesario.

Pero no es suficiente si nunca se ofrece a los jóvenes la oportunidad de ensuciarse las manos y sudar un poco ayudando a los demás. No es cuestión de escoger entre el enfoque lúdico y el enfoque solidario, porque ambos son educativamente importantes, sino de encontrar un equilibrio. Lo que ocurre es que la asociación “vacaciones = descanso” nos puede despistar un poco.

Como nos despista también la falsa y clásica antinomia educativa trabajo-juego.

Nuestros adolescentes pueden perfectamente —y deben!— explorar en algún momento el camino de hacer algo por mejorar la sociedad gratuitamente, por la voluntad de hacerlo, por sentirse protagonistas y capaces de provocar cambios en el entorno, aunque estos sean pequeños.

Incluso cuando esta opción comporta aspectos duros y difíciles, porque es necesario aprender en la adolescencia que muchos placeres y satisfacciones, así como el aumento de la autoestima, se consiguen con alguna dosis de constancia, esfuerzo y sufrimiento.

En un momento en que la tasa de paro juvenil en España supera el 50% según los datos de la EPA; los jóvenes españoles no se independizan hasta los 29 años, según el estudio Jóvenes y Emancipación elaborado por la FAD; y las previsiones de la OIT auguran que en los dos próximos años apenas habrá conseguido nuestra economía crear empleo... hay que enriquecer el concepto de trabajo más allá de la ocupación remunerada, y darle sentido con el ejercicio de la ciudadanía y la capacidad de incidir en el medio.

El aprendizaje-servicio proporciona esta oportunidad a los jóvenes y los campos de trabajo son un espacio privilegiado para vivirla.

1. Pertenecientes al Espai La Florida, un club de tiempo libre de L'Hospitalet de Llobregat.